



# ASIR

REVISTA DE LITERATURA

HACIA UNA LITERATURA NACIONAL — W. LOCKHART  
EXISTENCIA Y NOCTURNIDAD — C. PUCHET CASTELLANOS  
VARIACIONES SOBRE EL NEOLOGISMO — LUIS J. PICCARDO  
EL LIBRO DE HOY: EL FALSO INTELECTUALISMO  
LITERATURA EJEMPLAR: LOS PERSONAJES  
CUADERNO DE NOTAS: ARROYOS Y CAÑADAS  
POEMAS — IDA VITALE  
COPLAS — JUAN CUNHA  
EL ULTIMO DELIRIO — GUIDO CASTILLO  
EL CARPINCHO MUERTO — ARTURO S. VISCA  
JUAN VELORIO — JULIO C. DA ROSA  
POEMA — OCTAVIO LARRIERA

15

JUNIO DE 1950

MERCEDES — URUGUAY

# JUAN VELORIO

por  
Julio C. Da Rosa

*Da Rosa es un nuevo cuentista minuano que, en la misma línea de Morosoli, junto a Eugenio Martínez, se hunde en la entraña viva de lo popular. Podrán observarse sus cualidades de humor, su seguridad plástica, su simpatía por el lenguaje callejero; aunque también su menor fortuna en el análisis memorativo del personaje. En la literatura nacional, los narradores de Minas se perfilan como los retratistas más fieles, pintorescos y vigorosos. Quizá la fidelidad con que miran la vida, los lleve, a veces, a reiterar personajes; y sus propósitos de hacer exclusivamente retratos a, igualmente, repetir desenlaces; pero su inmediato contacto, nada libresco, con la vida popular, nos la revelan llena de sabor y de verdad.*

D. L. B.

No era de balde, que a Laguarda se le había pegado semejante sobrenombre. Un individuo que entre un velorio y un baile, se quedaba sin pestañear con el velorio. Para él no había mejor programa, que uno o dos velorios en una noche.

—Usted se hace un par d'ellos y se va pa las casas, de conciencia tranquila.

Un par o los que fueran. Siempre se las arreglaba bien para cumplir con todos. Dividía la noche: tantas horas en uno, tantas en otro. Sábado sin velorio, era sábado aburrido para Laguarda.

De ahí le vino el mote. Juan ya se llamaba; pero la gente le empezó a sustituir Laguarda por Velorio. Y le quedó. Primero se le fué perdiendo el apellido, después el nombre. Porque al último, cualquiera le acomodaba Velorio no más. Parece que una vez le abrió la cabeza a un negro, por asunto de aquel apodo.

—...nas tardes don Velorio, — cuentan que le había dicho el negro.

—A mí, no me da apelativo ningún troyudo. Sabe que más?

Fué peor. Desde aquel día no se lo pudo sacar más. Y tuvo que resignarse. Al fin y al cabo, él tenía la culpa. Si dice que hasta cuenta llevaba de los velorios que había habido en el pueblo desde que se conocía por gente.

—Viera usted velorio en pila, cuando la gripe brava. Año, año...

dies y tantos. ¡Jmm !Ni apretos, pa cumplir con todos. Aquello sí, era modo de acompañar el sentimiento. Amigo... los tiempos cambian.

\*  
\* \*

Hay gente que no sabe por qué va a un velorio. Ni por quien va. Si por el muerto o por los dolientes. Tal vez sea un impulso instintivo de solidaridad. Hay mucha gente así.

A Laguarda le venía a pasar algo parecido. No sabía por qué iba. Y por quién, menos. Porque él no hacía migas con nadie. Era un hombre al que los demás le resbalaban; aunque todo el mundo lo conocía. Más que nada por el nombre; y después, por el carrito del petiso. Un petiso lobuno bichoco.

Laguarda era pastero. Cortaba el pasto camino afuera y lo colocaba en el pueblo. Con eso vinteneaba hacia añares. Como el pasto le salía de arriba, el negocio le daba bien para ir cinchando. Entraba al pueblo arrastrando el día y despertando vacas; por el balido de las vacas se sabía por dónde iba pasando. Como el petiso sabía de memoria el recorrido, él dormía; cuando el carro se paraba, era porque había reparado. Dormía de a tironcitos. Cuando veía vacío el fondo del carro, se daba una vuelta al tranquito, por el pueblo. Si había velorio, volvía a la noche.

\*  
\* \*

No sabía por qué iba. Ni le importaba. Nunca le había importado. Se contentaba con repasar aquella larga lista de velorios, que llenaba su pasado. Y que era casi la historia de su vida. Interminable. Se hundía en el fondo del tiempo. Se hundía hasta pechar con el primero. Le parecía que fuera el último, por lo patente. Se juntaba con el recuerdo de las polonesas y del sombrero de brin nuevitos. Flamantes; estrenados aquel mismo día, al cumplir los años. Había creído que un velorio era otra cosa, cuando le dijeron a donde lo llevaban: era el día del cumpleaños. Otra cosa que aquel mundo de gente hablando despacito; y aquella cantidad de flores envejeciéndose sin motivos; y aquellos gritos de mujeres que parecían carcajadas. En fin, creía que no podía ser un regalo de cumpleaños, todo aquello que le había nublado la tardecita soleada del estreno. Y que se la había ido gastando hasta juntársela con la noche. Una noche que lo apretó contra la cama, con aquel vientre hinchado de hombres estirando el hocico para hablar en secreto; de mujeres retorciéndose en carcajadas que parecían llantos con barquinazos. Y aquel perfume sofocante de flores descompuestas...

\*  
\* \*

No sabía por qué, pero siguió yendo. Por ir no más. A veces, sin darse cuenta. Cuando quería acordar, estaba allí. Y ya no podía irse.

Porque empezaba a recordar aquel día de cumpleaños. Los gritos, el perfume y los cuchicheos, le evocaban las polcomas y el sombrero de brin. Y la tardecita frustrada. Y la noche con barriga de plomo.

Cada vez aprendía algo nuevo. Ya era semejante guri, cuando descubrió que en todo velorio hay un muerto. Y que los que gritan son los dolientes. Y un mundo de cosas.

—Es asunto; cuantimás usé acompañe el sentimiento, cuantimás sentimiento tiene. Vaya a saber.



Una mañana, el carrito del petiso no entró al pueblo. En el camino real, habían encontrado el cuerpo sin vida de Lagnarda; un cuerpo color barbuteta. Antes de enterrarlo el camposantero le prendió unas velas en el interior de un nicho. Se sentía un olor fuerte a tierra removida y el rumor del cucaracherío. El sol cruzó indiferente por el cielo. Y bebaban las vacas hambrientas.

---